

# Lectura y juego de la oca

## Metáforas sobre la lectura II

por Víctor Moreno\*

*Cuantas más metáforas y comparaciones se hacen sobre la lectura en un discurso apologético, menos se dice sobre ella. Esta es la premisa que sustenta esta serie de artículos firmados por Víctor Moreno. En la primera entrega, el autor cuestionaba el que se asimile a aventura con lectura. En esta segunda, en cambio, disecciona, con su habitual y certera dialéctica, la metáfora que asocia la actividad de leer con el juego y, más concretamente, con el juego de la oca.*

La lectura es, posiblemente, una de las actividades emotivo-intelectuales que más comparaciones genera en teóricos y escritores. Ello puede ser síntoma de mal augurio. ¿Echamos mano de las comparaciones porque sin estas muletas metafóricas somos incapaces de decir algo sustantivo y porque, en el fondo, nada tenemos que decir? Pudiera ser. Si así fuera, dicha propensión hacia este lenguaje indirecto revelaría una falta de coraje intelectual para enfrentarnos lisa y llanamente con el cogollo de la cuestión. En mi opinión, una comparación jamás podrá agotar la definición de una cosa. No aseguraré dogmáticamente que la comparación su-



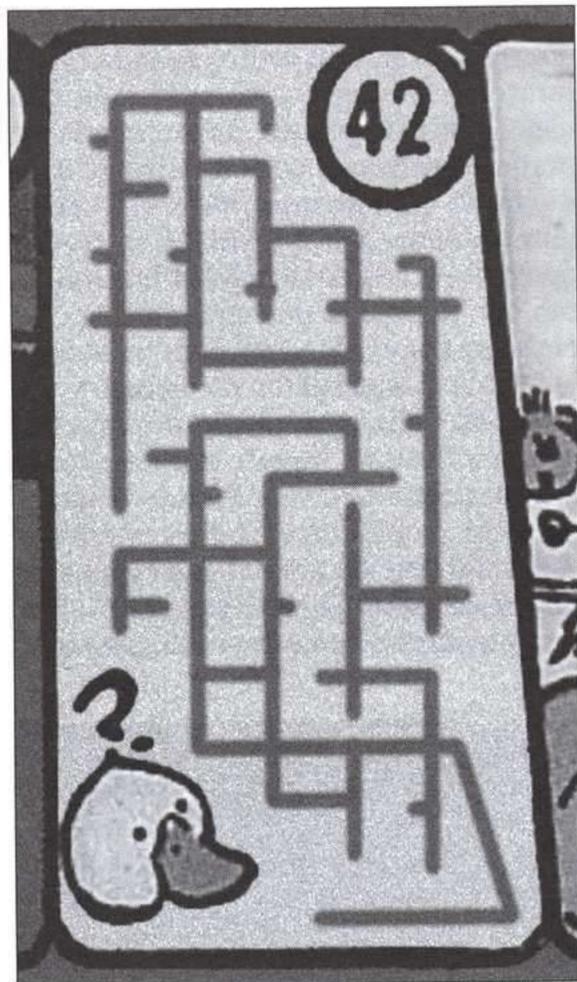
plante la reflexión, porque reconozco que, en ocasiones, puede espolear el juicio. Ezra Pound afirmaba que «el conocimiento avanza gracias a las comparaciones» (*Antología*, Madrid: Visor, 1983, pág. 1994). Por esta razón, debe de ser la gente tan juiciosa y tan sabia: el deporte que más y mejor practica es el de la comparación, especialmente cuando ésta es odiosa. Alberto Savinio, por el contrario, mantenía que «la ciencia se fomenta con ciencia y progresa y se perfecciona con la comparación. El bien y el mal no, porque son inexpresables y no les sirven de nada las comparaciones» (*Nueva Enciclopedia*, Barcelona: Seix-Barral, 1983, pág. 62).

### Respetar las reglas

Fernando R. de Lafuente, director general de Libros, Archivos y Bibliotecas afirma escuetamente que «la lectura es como el juego de la oca» (*Abc*, 15 de agosto de 1997). Es una de las mil y una comparaciones con que se asocia la actividad de leer. Decir, por ejemplo, que «la lectura es como el juego de la oca» sugiere en quien oye semejante símil diversas sensaciones, agradables unas y desagradables otras. Ello dependerá de la disposición, pasada y presente, que se tenga para con el citado juego y, por supuesto, con la lectura. Si una persona recuerda el juego de la oca como un tormento en los días de su infancia, díganle, ahora, en plena adolescencia, que leer es como aquel juego y verán la cara de *satisfacción* que pone. Y cabe, por supuesto, imaginar todos los viceversas y *convicerversas* que se quieran.

De ello se deduce, pues, que la comparación de la lectura con el juego de la oca ya no resulta tan fácil de dilucidar. La inteligencia se ve constreñida, entonces, no a entender lo que dijo y quiso decir R. de Lafuente, sino lo que, ahora, nos sugiere dicha imagen, que es lo que de verdad importa. Las frases que dicen los demás siempre retratan a quien las dice, pero, también, si lo desea, a quien las escucha.

De entrada, la metáfora remite a una serie de concepciones que están implícitas en el modo de entender no sólo el juego, sino también la lectura a secas.



De salida, provoca un conjunto de posibles reflexiones, también implícitas, derivadas de relacionar lectura con juego; en este caso, el de la oca. Es decir, en dicha comparación se dan por hechos y sabidos un montón de supuestos, los cuales, casi con total seguridad, ni son comunes, ni se refieren al mismo sustrato vivido por los sujetos que comparten dicho símil.

La consideración de la lectura como juego está muy extendida en el sistema pedagógico actual. Sin embargo, todos los métodos que intentan desarrollarla son constrictivos, es decir, su esencia fundamental es la coerción, exquisita en algunos casos y grosera en otros. El juego, cuando aparece institucionalizado, deja de ser liviano y gratuito, para someterse a la lógica productivista del sistema en el que se inscribe. La mayoría de los juegos escolares no son juegos, sino simulaciones del mismo, imitaciones más o menos burdas. Son píldoras para *lenificar* el duro y serio trabajo de los conocimientos matemáticos, lingüísticos y sociales. En la institución escolar, el juego está ligado siempre al reloj, sometido a él. Tiene sus tiempos marcados

inexorablemente. La institución educativa si algo hace con el juego es desnaturalizarlo, despojarlo de su esencia, que es fundamentalmente libertad y gratuidad, placer y alivio. Dicen.

Todo juego, pero mucho más el institucionalizado, remite siempre a una gramática, a una sintaxis, a un orden. Quien no respeta las reglas, queda automáticamente excluido del mismo. El juego es el modo más inocentemente perverso de socializar conductas y de cohesionarlas ideológicamente. En este sentido, parece hasta mentira que el propio sistema no instituya por decreto el juego como método de cualquier tipo de aprendizaje. Si lo hiciera, se ahorraría multitud de discursos tan moralizantes como inútiles, transmitidos mediante el envase de cualquier *pitufada* curricular, inventada a última hora.

Cuando hablamos del juego de la oca, la palabra *juego* ¿qué representación mental despierta en nosotros? ¿Qué consecuencias e implicaciones pragmáticas tiene, por ejemplo, decir que la lectura es juego, que la lengua es juego y la literatura también? Todo es juego. ¿Y bien?

Desde Platón es conocida la relación

entre arte y juego, tema tratado posteriormente por muchos ensayistas. De algún modo, la actividad artística se integra en el instinto de juego. La analogía entre la creación artística y el juego reside en la existencia de normas o leyes previamente aceptadas, la presencia de un modelo y el sentido de intranscendencia. En la mayoría de los juegos de lenguaje hay una clara preocupación formal, que hace posible que la literatura se pueda independizar de la obsesión por el contenido, como ya hizo la pintura, algo que, ciertamente, en la lectura resultaría hartamente complejo. ¿Cómo desprenderse del contenido del texto, mientras leemos? ¿Es posible tal dejación? Muchas veces, desde luego. Para mues-

Por el contrario, Cortázar, al ser requerida su opinión acerca de si la literatura es o debe ser un juego, responde: «Me parece muy justo tomar ese camino porque nos lleva a una tentativa de definición de lo lúdico. Lo lúdico no como una visión trivial, infantil, en el sentido que dan los adultos a la palabra, sino como una actividad profundamente seria, el juego como algo que tiene su importancia en sí, su sistema de valores y que puede dar una gran plenitud a quien lo está practicando. En este sentido, la literatura siempre fue un ejercicio lúdico para mí (...) No creo haber cambiado esencialmente de actitud entre aquel niño que hacía un juguete con el *meccano* y se pasaba horas inventando una nueva

go y el trabajo con excesiva seriedad, no han comprendido mucho ni de uno ni de otro». La frase es apaciguadora, pero no sé si aclara gran cosa el conflicto conceptual que encubre. Es decir: los componentes *lúdicos* que se dan en cualquier juego —valga la redundancia— ¿tienen cabida en el acto de leer?

### Un trabajo muy duro

Se dice: «Leer es un juego». ¿Realmente lo es? A mí me cuesta cada vez más entenderlo así. Especialmente cuando compruebo que hay muchos niños que odian leer. Si leer fuera intrínsecamente un juego, si la entraña misma de



tra ahí están las reseñas de muchos críticos. Pero si no se comprende lo que se lee, ¿se puede llamar a ese acto lectura?

Para Borges «la idea de que la literatura es sólo un juego de palabras, que fue lo que sostuvieron Gracián, Góngora y, a veces, Quevedo, es radicalmente falsa. Lo fundamental es la carga de pasión del pensamiento que se transmite a través del lenguaje y, diría, a veces a pesar del lenguaje (...) Suponer que la literatura es un juego de palabras es la mayor tentación que pueda sufrir un escritor» (Jorge Luis Borges, *Premio Miguel de Cervantes 1979*, Barcelona: Anthropos-Ministerio de Cultura, 1979, págs. 94-95).

grúa, un nuevo camión, con todo el placer que eso suponía, y el hecho de inventar un *modelo para armar* en la escritura. Hay una equivalencia en la que los años no han mordido: no me han cambiado en ese plano» (*Conversaciones con Cortázar*, Ernesto González Bermejo, Barcelona: Edhasa, 1978).

¿Qué decir ante estos requiebros dialécticos? No es fácil dar una respuesta que acalle definitivamente nuestras inquisiciones particulares sobre la relación entre juego y lectura, literatura y escritura. Heine, adelantándose a nuestros escrúpulos modernos, advertía: «Aquellos que se toman el juego como simple jue-

la lectura fuese el juego, ¿habría tantas personas no lectoras?

Leer posee todos los boletos para ser considerado como un trabajo emotivo-intelectual, arduo y difícil. Y no es que lo hagamos así, que también, sino que lo es por esencia. Ni más, ni menos. Leer exige concentrarse, determinar significados y extrapolarlos al sentido de la vida que uno vive y desea vivir. Leer para distraerse, como dicen algunos, es un contrasentido, un acto *contra naturam* lector. Leer es descifrar. Lo cual no es fácil. Se engaña a los niños cuando se les dice que leer es un juego. «¿Un juego como el de la pelota o el de los mar-

cianos del ordenador?», pregunta el niño entusiasmado. «¡Oh, no! —responde el maestro—. Mucho mejor que todo eso». ¿Mejor? Ya sabemos que los maestros somos expertos en crear ilusiones falsas sobre lo real, pero ¿conviene cebarse tan sádicamente con niños de edades tan tempranas? La lectura no es un juego. Es un trabajo muy duro. Tan duro que son muy pocos los que lo practican a lo largo de la vida; incluso no lo practican quienes aseguran que se trata de un juego maravilloso. ¿Maravilloso para los demás?

Pasemos al segundo término de la comparación: la oca. Es terrestre, aérea y acuática. Camina, vuela y nada. Posee en sí misma aquellas cualidades que la hacen un animal perfecto. Igual que la

individuo europeo son más bien una bazofia sentimental que quizá pueda explicar por qué los europeos se lanzaron jovialmente en brazos de Hitler, Mussolini, Stalin, Franco, Pétain, Salazar y tantos otros defensores de los derechos humanos» (F. de Azúa, *Diccionario de las artes*, Barcelona: Planeta, 1995, pág. 231-232).

La frase de F.R. Lafuente es una descripción y una metáfora de la lectura. Para jugar a la oca se necesita un tablero, unas reglas y unos dados. Un material que nos viene impuesto de fuera, pero no la decisión de jugar que, en principio, suponemos que se trata de un acto libre, ajeno a reclamos exteriores. ¿Un acto libre como la decisión de leer

maculada libertad interior. ¿Cada uno tiene las circunstancias lectoras que se merece? A saber. ¿Qué me lleva a leer un determinado libro? Es una lástima que las personas lectoras hablen tan poco de estas cuestiones menudas, las cuales, con total seguridad, serían mucho más enriquecedoras que todos esos sesudos artículos hablándonos de la lectura y su importancia en el desarrollo e hipertrofia de la sensibilidad y de las cisuras.

### El azar y la voluntad

Quien decide leer/jugar a la oca debe someterse a las medidas exactas del tablero, a las estrictas reglas del juego y al



lectura, ¿no? ¿Existe una actividad intelectual que, a juicio de cierto fundamentalismo lector, produzca en el sujeto más beneficios que ella? Leer se ha convertido en el signo por excelencia de la salud mental del ser humano. ¿Lo es realmente? A lo sumo, se puede llegar a afirmaciones genéricas, como muy bien asegura Félix de Azúa: «Sólo algunas de las más grandes novelas han contribuido al aprendizaje de la tolerancia. La mayoría de las novelas, sin embargo, son productos mecánicos y suelen halagar la vanidad de los lectores como modo infalible de obtener ventas. De modo que, en mi opinión, las novelas que han formado al

un libro? No lo sé. La libertad de leer es un asunto bastante más complejo de lo que supuestamente se insinúa. En la decisión de coger un determinado libro y, *a posteriori*, de leerlo intervienen más factores que la magnánima voluntad personal. ¿Por qué este libro y no otro? ¿Por qué leerlo en este momento y en este lugar, y no mañana y en aquel otro espacio? En modo alguno intento decir que las personas no somos libres ni a la hora siquiera de elegir un libro para leer. Tan sólo me atrevo a insinuar que las circunstancias que influyen en nuestra decisión no son tan sencillas como parecen, ni fruto purísimo de nuestra in-

vaivén gracioso/azaroso de los dados/hados. Si uno se salta cualquier regla, es un marrullero corrupto. Si uno hace trampas, ya no juega bien/ya no lee bien. En el juego de la oca nadie puede saltarse a la torera una casilla. En cambio, en *el juego de la lectura* casi todo el mundo se salta a la garrocha páginas enteras que le aburren, aunque tenga que escuchar —casi siempre de labios de un profesor— que no conviene saltarse páginas, porque si no, no se enterará bien... No se enterará bien, ¿de qué? A veces, la única manera de enterarse bien, precisamente bien, es saltarse unas cuantas páginas. Todo texto, por muy bien escrito

que esté, tal vez porque esté demasiado bien escrito, contiene siempre unas hermosísimas páginas de aburrimiento. Es signo de inteligencia lectora dar con ellas al instante y saltárselas.

La referencia a las reglas del juego no es banal. Todos sabemos que no se juega de la misma manera al parchas, al ajedrez o a las damas. Igualmente, no leemos del mismo modo un poema, un cuento, una novela, que una obra de teatro. La conclusión, que de tal hecho se deriva, es tan sencilla como lógica: la manera de jugar/leer un texto exigirá una reglamentación distinta. Por tanto, no existe una sola manera de leer, sino muchas, derivadas de la especificidad literaria de los textos y, en ocasiones, siguiendo la propia regla con la que fue construido el texto. Está claro que con las reglas del parchís no se puede jugar bien al juego de la oca. Y viceversa. La manera de leer un texto poético no puede ser la misma con la que leemos un texto descriptivo. Las preguntas que nos hacemos sobre un texto poético no pueden ser las mismas que nos hacemos frente a un texto argumentativo. El matiz parece de Pero, pero si Grullo hablara...

En otro orden de cosas, el juego de la oca es un juego metafísico, donde intervienen a partes desiguales el azar y la voluntad (ésta muy poco). Y siempre que los dados —el *fatum*— nos sean favorables llegaremos al estanque final donde nos espera la Gran Oca Madre: ¿La Sabiduría? ¿La Felicidad? ¿La Cultura? ¿La Ataraxía? ¿La Muerte? En el juego de la oca estamos en manos del destino, a merced de los dados. ¿Así sucede con la lectura? No me atrevería a decir que no. En la mayoría de los casos, somos los lectores que somos gracias, no a nuestra decisión y voluntad primeras, sino al azar, a la casualidad. ¿Por qué nos hemos convertido en lectores/no lectores? ¿Por una pura decisión de la voluntad?

Conviene repetirlo: se llega a la lectura gracias a los dados, es decir, a encuentros y desencuentros ocasionales y casuales que nos condujeron a iniciar este recorrido. Eliot decía que en el principio está el fin. Yo lo creo. Y deduzco que, si nuestros principios, siempre sometidos a esos hados, hubieran sido dis-



tintos, no seríamos en modo alguno lo que somos y que, en realidad, ya éramos. Cada persona puede poner nombres a esas alas lectoras que le crecieron un día gracias a unos dados favorables al viento de los libros: padres, abuelos, cuentos orales, maestros, soledad, apendicitis, vocación, fama, televisión... Llámense como se llamen, son eso: puro azar, casualidad y contingencia. Golpe de dados, que dijera Mallarmé.

### De libro a libro, y tiro porque ...

Del juego recuerdo tres frases: «De oca a oca y tiro porque me toca»; «De puente a puente, que me lleva la corriente» y «De dados a dados, y tiro porque son cuadrados».

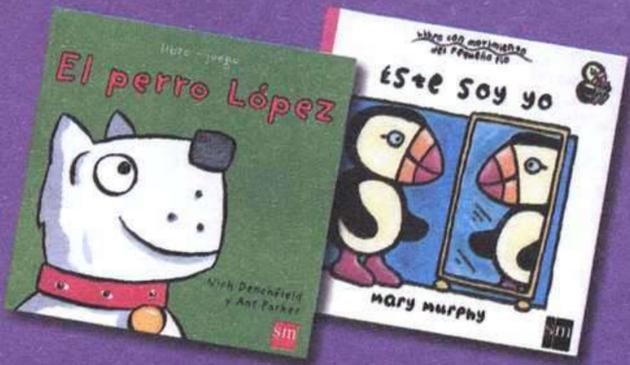
La aplicación más sencilla a la lectura de tales frases se impone por pura lógica: «vamos de un libro a otro», dicen. Yo, como el forastero de las novelas del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, no lo tengo nada claro. La lectura de un libro puede ser tan desazonante, en ocasiones, que se entiende perfectamente que haya personas que se comprometan con no volver a leer jamás después de haber pasado por tan *profunda* experiencia. Ni un libro te ayuda a triunfar, ni te lleva a otro necesariamente.

Y el trayecto, aunque lo parezca, no es

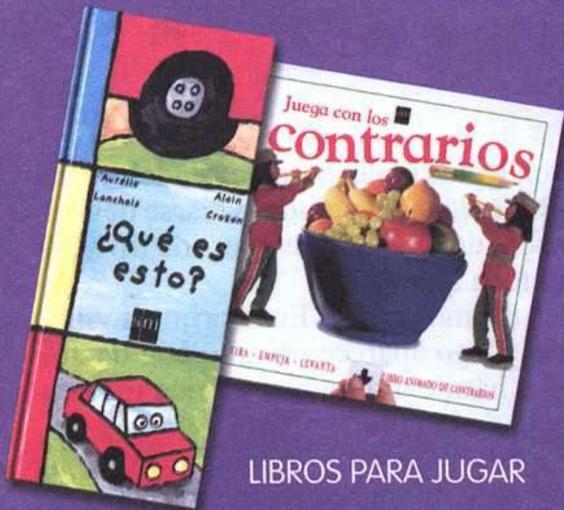
el mismo para todos, ni todos lo realizan del mismo modo. Unos, van de casilla en casilla. De una en una. ¿Lectores lentos, pero seguros? Pudiera ser. Otros, van de oca en oca. Avanzan rápidamente. ¿Qué dejarán en el camino, si lo recorren tan deprisa? ¿O se trata de lectores que van de un libro *canónico* a otro más *canónico* aún? ¿Que son lectores que desprecian la cantidad en favor de la calidad? ¿Y cómo saben que dichos libros son *canónicos e imprescindibles*? Del único modo posible: leyendo y teniendo al lado a alguien que los haya leído anteriormente y te los susurre al oído.

Repárese en que se trata de un juego esencialmente individual e individualista: el objetivo no sólo es llegar, sino llegar primero. Es verdad que todos hacemos el mismo recorrido, pero con velocidad y estilo diferentes. Cada jugador es peculiar, distinto a los demás. ¿Como los lectores? Sin duda. Leer es un acto individual y solitario. Mucho más que escribir. A veces, los dados de distintos jugadores al tirarlos sobre el tapete suman la misma cantidad. Sin embargo, la manera de arrojarlos y de afrontar su número resultante es diferente en cada jugador. Se tiran los dados sobre el tablero y a cada cual le salen cuentas distintas. Con ellas en la mano se avanza y se retrocede, porque todos almacenan ya un pasado a sus espaldas, tanto el jugador como el lector. Y todos los jugadores saben que lo importante es llegar al final. La cuestión no radica en participar o en intentarlo, como dicen los sujetos sépticos de generosidad. No. El asunto es llegar primero. En el juego está clarísimo qué significa *llegar al final*. Pero en la lectura, no. En realidad: ¿qué significaría dicha expresión aplicada a la lectura? ¿Llegar al final de qué? ¿No suelen decir crípticos comentaristas que la *verdadera lectura* empieza cuando uno termina de leer el libro?

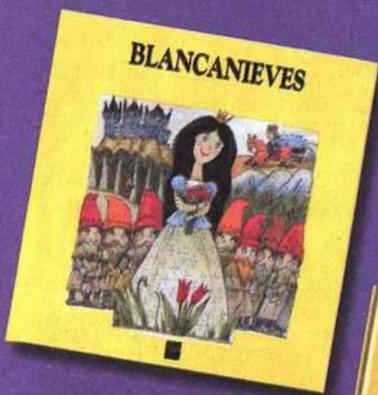
Como ya he insinuado, el juego de la oca revela una tipología general de jugadores y, por tanto, ¿de posibles lectores imaginarios? Sí. También existe una tipología de ámbito particular, quizá mucho más sugerente que la general. Por ejemplo: ¿quiénes son esos jugadores-lectores que aterrizan en la casilla 42, que es la morada del laberinto? ¿Quié-



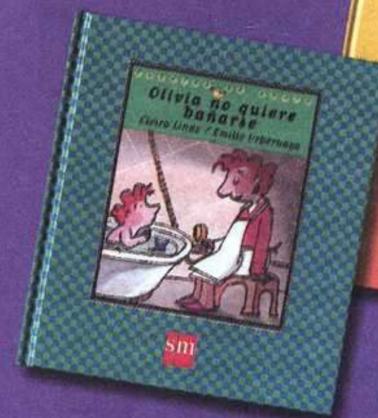
SUS PRIMEROS LIBROS



LIBROS PARA JUGAR



CUENTOS DE SIEMPRE



CUENTOS DE HOY



LIBROS PARA ENTRETENERSE



LIBROS PARA AYUDAR A LOS PADRES Y MAESTROS



# Con libros crecen felices

A los 2 años los niños inician el contacto con los libros. Les atraen los dibujos y empiezan a preguntar "¿quién es?" A partir de esta edad hasta los 6 años evolucionan rápidamente, aprenden palabras nuevas, emplean correctamente las frases, imaginan historias y

disfrutan contándolas. En cada edad necesitan un tipo de libro distinto, que les introduzca en la lectura y les divierta al mismo tiempo.

Ediciones SM desarrolla los libros más adecuados para el momento evolutivo en el que se encuentran.





nes, los que tienen la desgracia de caer de bruces en la cárcel, casilla 52 y en la 59, donde se ve una calavera? ¿Y quiénes son los que van a dar a la casilla 31, donde hay un pozo que augura días de húmedas fiebres? Sería interesante indagar en la simbología de tales elementos y ver sus correspondencias con los distintos lectores. El lector interesado sabrá cómo encontrar, tanto en Cirlot como en Bachelard, información al respecto.

Es bueno recordar que quienes caían en esas casillas perdían jugada. Con un distinguo importante, quien caía en el pozo tenía que quedarse en él hasta que un compañero llegara a liberarlo —único rasgo solidario en todo el juego— y el que caía en la calavera, la casa de la muerte, tenía que retroceder a la casilla 1, para volver a empezar su camino. ¿Volver a empezar? Los más voluntariosos. ¿El resto? Abandonaban el juego lamentándose de que su intensa voluntad de ganar no se viera correspondida con los designios variables de los dados. «Yo ya lo he intentado, pero ¡las circunstancias no me fueron favorables!». ¿Suena la alegación?

Podría decirse que dichas casillas nos revelan los imponderables de la lectura, los peajes y riesgos que hay que pagar por ella. El juego —con estas intermitencias de nombres tan sonoros: calavera, pozo, cárcel— nos indica precisamente que el itinerario lector está lleno de trampas y de dificultades, de altibajos y de sombras. La mayoría de ellas hay que sortearlas por uno mismo; otras, pueden superarse con la ayuda de alguien y, finalmente, hay dificultades que dan al traste con el viaje.

Globalmente consideradas, estas casillas significan un retraso, una suspensión o el abandono del viaje, es decir, de la lectura misma.

El mensaje del juego, que unos calificarán de optimista, es que en la vida hay que ir de oca en oca, o sea, hacer las cosas bien cada día. La continuidad y la permanencia garantizan esa sabiduría y perfección finales. En algunos casos, así será. En otros muchos, ni la continuidad, ni la tenacidad garantizan nada. Leer mucho o poco en una edad determinada no es ningún salvaconducto de garantía lectora para todas las edades. Se puede

ser un lector voraz durante la adolescencia y en plena juventud olvidarse de Stevenson, de Dahl, de Bierce y de Mrózek para toda la vida.

Un último detalle. En la primera viñeta del juego aparece un niño con un zurrrón o hatillo al hombro. Es una imagen exacta de la vida: Se parte con muy poco y con menos. El desvalimiento es el buzo de la infancia. Es fundamental, por tanto, mimar esta urdimbre primera, pero jamás juzgarla como tejido fatalista y determinista de los hechos posteriores. La oca da muchas vueltas en la vida: camina, vuela y nada. No ofuscarse, pues. Hay etapas en que volar de los libros a la oca de la vida —al corazón siempre le salen alas en alguna edad— será lo preceptivo. Otras, por el contrario, se aferrará uno a la tierra sólida, a lo seguro por sabido y, más adelante, se sumergirá en el yo que fue y ya no será, porque nunca dejó de ser el que era. Y suspirará. Y, ahora, detengamos nuestra mirada en la viñeta o casilla 10: en ella, el niño de la casilla 1 navega en una barquichuela que, con toda probabilidad, tiene la hechura de haber sido fabricada con papel. El rostro del adolescente denota inseguridad y miedo. Lógico. ¿Será porque su hábito lector —personificado en esa frágil barquichuela— es deleznable y, a la menor embestida de rayos y centellas eléctricas, se irá a pique? De momento no lo sabemos. Pero que no lo dude: su hábito lector, o lo que sea, se verá envuelto en sacudidas de todo tipo, producidas por toda clase de elementos, externos e internos a él mismo. En la casilla 62 aparece un hombre vestido de verde con guantes y sombrero de copa. No se sabe muy bien quién es y qué pinta en la casilla. Eso sí, no inspira ninguna confianza. ¿Será uno de los peligros a los que hacemos referencia? Es posible. Sin embargo, en las reglas del juego nada se especifica de este siniestro personaje.

Finalmente, en la casilla 24 aparece una liebre leyendo un libro. Es lo mismo que hace un anciano en la 43: lee y toma el fresco. Leer y tomar el fresco. No está mal como lema para todas las estaciones del alma. ■

\*Víctor Moreno es profesor y escritor.